



La Novela Americana Cinematografica



Núm. 1

30 cts.

Jugando a
vampiresa

por
Dorothy Sebastian,
June Marlowe y
John Harron

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistañe
Director

AÑO I

Núm. 1

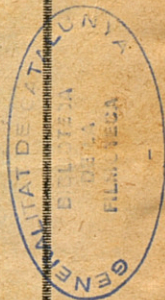
Jugando a vampiresa

Delicioso asunto, interpretado
por

Dorothy Sebastian, June Marlowe,
John Harron, Huntly Gordon, etc.

EXCLUSIVA DE
Importaciones Cinematográficas, S. A.
Aragón, 225 · BARCELONA

Postal-regalo: JANET GAYNOR



Jugando a vampíresa

Argumento de la película

¡Pues, Señor, los tiempos están mal en todas partes!

América, la joven nación, tiene, a pesar de sus dólares, a mucha gente sin trabajo.

Y no es de extrañar que, al anuncio de una oferta de empleo, acudan en tropel, veinte, cuarenta, sesenta y hasta cien solicitantes, de 20 a 50 años, aunque la plaza por cubrir sea de meritório.

Cierta mañana, Jerónimo, el inquieto Jero, como él se llamaba a sí mismo, para abreviar, leyó en un periódico el siguiente anuncio:

Guillermo Shaw ofrece un buen empleo para inteligente y rápido dependiente, experto en facturaciones. Inútil presentarse si no se es muy activo.

La noticia le pareció de perlas. Estaba sin trabajo, y una voz interior le decía que aquella plaza sería suya.

Se desayunó en un Jesús, y echándose a la calle, precipitose a la dirección que daba el periódico.

Al llegar, asustose de ver los solicitantes que aguardaban en el pasillo del despacho del señor Shaw.

¡Pues sí que había gustado la plaza!

La obligación de ponerse a la cola hizo aguzar el ingenio a Jero. Estaba seguro que mucho antes de que le tocara el turno de entrar, el empleo habría sido concedido a uno de aquellos jóvenes o adultos.

¿Cómo vencer la ardua dificultad de hacer cola?

Su vacilación duró poco. Una luminosa idea cruzó su espíritu, y, ni corto ni perezoso, escondióse el periódico que llevaba en la mano, abrió a la sección de ofertas, y avanzó resueltamente hacia el despacho del señor Shaw.

Los que esperaban, le tomaron por el propio señor Shaw, o por lo menos, un empleado de categoría, a juzgar por el examen que, antes de entrar, hizo, de una ojeada, de todos ellos.

El primer paso estaba dado. Se hallaba ya dentro de los dominios del señor Shaw. Pero quedaba lo más difícil por hacer, o sea, conseguir entrevistarse con el principal... y no ser mandado a la cola.

Pero Jero estaba de suerte. Había nacido con buena estrella, y como quien sube al cielo de un brinco, se halló, apenas en el despacho de la casa comercial, ante un angelito sin alas visibles, pero ciertamente alada.

Cerró los ojos y los volvió a abrir, por si se trataba de una visión o de una realidad, y al percatarse de que era real lo que parecía visión, sonrió ilusionado.

¡Si antes le interesaba la plaza, ahora pagaría dinero, si lo tuviera de sobra, por conseguirla! ¡Vaya secretaria la de la casa!

Ella se le quedó mirando unos momentos, sorprendida de que Jero la observase tan detenidamente, y creyendo que era un cliente o un corredor, le preguntó cariñosamente:

—¿Qué desea usted, señor?

Jero se apoyó en la mesa escritorio de la secretaria, y mostrándole el periódico que se escondiera al entrar, repuso tranquilamente:

—Bien, aquí estoy yo. Dígame cuándo empiezo a trabajar.

La secretaria, que respondía por el dulce nombre de Margarita, se puso repentinamente seria, al sospechar que se las había con un despreocupado, y secamente le contestó:

—Tenga la bondad de esperar fuera, como todos...

¡Que se creía ella eso!

—¿Yo fuera? ¿Se ha fijado usted bien en mí?

—El señor Shaw no ha llegado todavía y deberá usted esperarle, como todos.

—Dispense que yo no me considere como los demás.

En aquellos momentos, alguien empujó la puerta de entrada a las oficinas, y la secretaria, la

linda, la suave Margarita, saludó al caballero que entraba.

—Buenos días, señor Shaw.

—Buenos días, señorita Emerson.

Jero había quedado casualmente oculto detrás de la puerta, al abrir ésta el señor Shaw, y aprovechando la rapidez con que éste se encaminaba a su despacho particular, inmediato al de la secretaria, le siguió sin ser visto.

Margarita trató de detenerle; pero, no sabía por qué, le dejó hacer.

El señor Shaw supuso que quien le había seguido era Margarita, para informarle de las noticias de la mañana, pues ella abría el correo y distribuía el trabajo del almacén.

—En la puerta hay un regimiento de pretendientes, señorita Emerson—le dijo, mientras colgaba el sombrero, y sin mirarla—. Elija usted el que le parezca mejor y envíemelo.

Pero, al volverse, vió a Jero, quien, sin inmuntarse, le saludó respetuosamente y le expuso el motivo de su presencia allí.

—Vengo por el cargo que usted anuncia, señor.

—Pero...

—Yo soy empleado de facturaciones de primera clase. En diez minutos le embarco a usted la casa, con familia y todo.

—¿Cómo entró usted aquí?

—Por la puerta, señor.

—Haga el favor de esperar que le llamen.

—Fíjese en que, si no me acepta, su negocio se resentirá.

—¡Sí que sería una lástima!

—Confío haberle causado inmejorable impresión, y para no molestarle más, aguardaré en el despacho de la señorita secretaria.

Margarita reconocía para sus adentros que Jero era el muchacho más decidido que había visto en su vida, y su decisión, unida a su simpatía, le resultaba agradable, aunque quisiera decirse lo contrario, porque ella era la esencia de la seriedad.

Jero salió del despacho del señor Shaw y quedóse en el de la secretaria, la cual fué a despachar algunos asuntos con aquél.

El señor Shaw, refiriéndose a Jero, dijo a Margarita:

—Como fresco, no lo hay más. Está a punto de congelación.

—¡Oh, sí! ¡Si trabajase como habla!

Jero tenía la seguridad de que sería aceptado. Pero para que esa seguridad fuese más segura, se decidió a dar un golpe de maestro, y él mismo consistió en abrir sigilosamente la puerta de la oficina y presentarse ante los numerosos sin trabajo que hacían cola para optar al empleo vacante.

Se metió las manos en los bolsillos a guisa de personaje importante, y, abarcando a todos con una sonriente mirada, pronunció:

—Lo siento, señores; pero la vacante está ya cubierta.

Estas palabras tuvieron la virtud de alejar inmediatamente a todos los aspirantes a la plaza, pues no podían perder más tiempo si querían probar fortuna en otra casa que necesitaba corredores de novelas por entregas.

Margarita y el señor Shaw ignoraban por completo la hazaña que acababa de realizar Jero, y ella preguntó al jefe al terminar de despachar con él:

—¿Qué digo a ese fresco?

—Lo dejo a su criterio, señorita Emerson.

—Bien, señor.

Cuando la secretaria regresó a su mesa, Jero, mirándola amorosamente, pues le gustaba un Perú, inquirió:

—Me quedo en la casa, ¿verdad?

—Nadie se lo ha dicho a usted.

—Por eso lo digo, señorita.

—Absténgase de hablar cuando no le pregunten.

—Pregúnteme usted, pues, algo, porque no puedo callarme delante de usted.

—Haga el favor... ¿El nombre de usted?

—¿Mi nombre? ¡Una tontería! Jerónimo Gardner. ¿Y el de usted?

—Haga el favor de no contestar más que a lo que le pregunte.

—¡Es usted más severa que Hindenburg, señorita!

—No diga tonterías, y avise a esos hombres que esperan, que la plaza está ocupada.

—No hay necesidad.

—Haga usted lo que le digo.

—Ya lo dije, interpretando sus deseos, y se marcharon.

—Veo que trabaja usted con mucha rapidez.

—Con tanta, que la gente me toma por dos hermanos gemelos.

Jero tenía cuerda para ocho días; pero Margarita pulsó un timbre y apareció en su despacho un hombre de mediana edad.

—El nuevo empleado. Llévelo a su sección—le dijo la secretaria, presentándole a Jero.

—Venga conmigo—indicó el encargado del almacén, pues lo era, a su nuevo subordinado.

Y Jero se dispuso a seguirle; pero, volviéndose rápidamente, dijo a Margarita, acercándose todo lo que pudo a ella:

—Yo quería este empleo por dos razones... la primera usted... y usted la segunda.

Iba a desaparecer del despacho de Margarita, cuando ésta, viendo que se había dejado olvidado el sombrero encima de la mesa, le llamó y se lo tiró a la cabeza, ajustándose a ella cómicamente; por lo que Jero, sonriente, exclamó, envolviéndola en cariñosas miradas:

—Me ha caído con gracia, ¿eh? A la cabeza o al corazón, usted atina siempre...

Y a poco se entregaba con fiebre a su trabajo de liar paquetes para facturarlos.

* * *

A la hora de cerrar, Jero lo había expedido todo... incluso dos declaraciones de amor a Margarita.

El despacho de ésta se comunicaba con el almacén, al que continuamente debía dar órdenes, como consecuencia de notas de pedido que recibía.

Jero se dió cuenta de que había una mesa cerca de la línea divisoria del despacho y del almacén, y trabajó casi todo el día en ella, para estar lo menos distante posible de Margarita.

Esta negábase a mirarle, a pesar de sentir sobre su rostro la fuerza magnética de las miradas de él; pero, por dos veces, Jero entró en su despacho y, no haciendo caso de sus protestas, le dedicó palabras de amor.

Y cuando llegó el momento de abandonar el trabajo hasta el día siguiente, Jero fué a decirle a Margarita, que ya se estaba poniendo el sombrero:

—Espéreme. Voy a acompañarla a su casa.

¡Oh! ¡Qué pesado! ¡Qué se había creído de ella!

Para no verse importunada por él en la calle, Margarita salió precipitadamente, y Jero, para no perderla de vista, revolvió el armario ropero de los empleados, maltratando los vestidos y los sombreros de sus compañeros, buscando los suyos.

Al salir de la oficina, vió a Margarita desapareciendo en el ascensor.

Gritó al encargado del mismo que le esperase; pero su ruego fué inútil, y tuvo que bajar por la escalera, y lo hizo poco menos que volando.



—Espéreme. Voy a acompañarla a su casa.

Ya en la calle, echó a correr al ver que Margarita subía a un tranvía.

Tras no pocos esfuerzos, logró dar alcance al vehículo.

Margarita se había sentado en el único sitio libre, y, de pronto, el viajero que estaba a su lado, se levantó, para apearse en la próxima parada.

Una señora que iba en pie hizo además de ocupar el sitio que el caballero le cedía al marcharse; pero, al sentarse, notó que no lo había hecho en el asiento, sino sobre las rodillas de un hombre: de Jero.

—¡Oh, perdone!—murmuró, extrañada de que el sitio estuviese ocupado.

Jero había logrado abrirse paso hasta llegar junto a Margarita, y al ver que el caballero en cuestión se levantaba, se tiró materialmente sobre el asiento, para poder conversar con la monísima secretaria.

Los viajeros que sorprendieron la escena, sonreían, disculpando las tonterías que hace hacer el amor.

—¿Ha visto usted cómo la he alcanzado?—dijo Jero a Margarita, jadeante, pues no había sido poca la carrera que se dió hasta conseguirlo.

Ella leía una revista y se negaba a escucharle; pero él, que sabía que pobre porfiado saca menudrugo, no se amilanaba y le impedía leer.

El cobrador presentóse ante Jero y le censuró el haber entrado en el coche sin billete.

—No se enfade usted, general, que esto se arregla abonando lo que sea, y en paz—contestóle Jero.

El cobrador le ofreció el billete; pero al ir a pagarlo, Jero notó que no llevaba un céntimo.

No era de extrañar aquello, porque al salir de su casa por la mañana, no se llevó más que lo estrictamente necesario para comer.

¡Qué compromiso!

—No llevo ni una miserable perra chica encima—dijo, mostrando el forro de sus bolsillos.

—Tendrá usted, pues, que apearse...

—¡Sí que me sabe mal!...

—Haga el favor...

—Pero...

Margarita se decidió a salvar del apuro a Jero, y le tocó un brazo para que se volviese. El la miró y vió una mano que le ofrecía el dinero para pagar el billete.

Jero no vaciló en aceptar la generosa oferta y calmó al impaciente cobrador. Luego, encantado del gesto de Margarita, sentóse de nuevo a su lado y la llenó de frases de encomio.

—No diga usted tonterías —volvió a decirle ella, como por la mañana en la oficina.

—Bueno... Ahora que ha pagado usted mi billete, ¿adónde vamos?

Y se quedó tan fresco, esperando la respuesta.

Margarita sonreía por lo fino, verdaderamente sorprendida del alegre carácter de Jero, y al llegar a la parada donde debía apearse, preguntó al optimista:

—¿Va usted a cenar esta noche a alguna parte, Jerónimo?

¿Qué significaba aquella pregunta? ¿Acaso que la invitase? ¡Ah! Se burlaba de él porque no llevaba un céntimo...

Y Jero vióse precisado a contestar:

—No... No lo he pensado...

¿Le invitaría ella?

No. Se trataba, indudablemente, de una burla, pues Margarita le respondió, ahogando la risa:

—Lo siento... porque mañana va usted a tener mucha hambre.

Y se apeó, dejando a Jero en el tranvía lamentándose de no llevar dinero para "obligar" a Margarita a cenar con él en cualquier parte.

Pero, ya se desquitaría. ¡Ya lo creo!

* * *

No sé qué pollo pera o alcachofa ha dicho que el triunfo es de los atrevidos, y Jerónimo, que sabía un rato largo de esas cosas, se empeñó en conquistar a Margarita, y ya le pisaba los talones al triunfo.

Margarita no hacía funcionar tanto los timbres del almacén desde que Jero entró a formar parte del personal del mismo. Antes llamaba a su despacho al encargado para hacerle entrega de los pedidos, y ahora era ella misma quien iba a dárselos.

¿A qué obedecía aquel cambio?

Nosotros lo sabemos ya, pues no nos puede caber la menor duda de que la causa de aquello era Jero, el que decía tantas tonterías... bonitas.

En efecto, cada vez que Margarita iba al almacén, se detenía a charlar con Jero, y aquella mañana él le propuso que fueran a comer juntos.

Ella se resistía a aceptar.

—Ya es demasiado... Hemos comido juntos seis veces esta semana.

—¿Seis veces? No. Cinco nada más... Hoy será la sexta.

—No, no, Jerónimo... Es demasiado... No sea usted así...

—¿Y qué culpa tiene un hombre si enloquece por una mujer?

Jero había ido amontonando cajas sobre su mesa, hasta alcanzar aquéllas una altura más que regular, y disponíase a atarlas, cuando Margarita se paró a hablarle. Mientras platicaban, Jero tiraba del bramante que iba a atar las cajas, y éstas se tambaleaban, hasta que cayeron al suelo con gran estrépito, al intentar Jero, sin darse cuenta de los equilibrios que hacían las cajas, seguir a Margarita a su despacho, para continuar hablándole.

Agachóse para recoger pacientemente las cajas, y, sin querer, hizo caer otras cajas, cargadas en una carretilla.

Tuvo buen rato de trabajo, pero como lo hizo animoso, porque deseaba ver a Margarita, a la que tenía que decir algo muy importante, el tiempo le pasó volando; y cuando menos ella le esperaba, fué a sorprender a la gentil secretaria en su despacho, en un momento que estaba archivando cartas, de espaldas al paso del almacén.

—¡Qué susto!—exclamó Margarita, al mirar quién la abrazaba.

—Soy yo... Ya lo dice el cantar: "No te asus-

tes, que soy yo." Ya usted ha de contestarme: "¿Yo asustarme? Tontería..."

—¡Jesús, qué hombre es usted!

—Y usted, preciosa, es una mujer como Dios manda... y me quedo debiéndole a usted algo.

—¡Cómo exagera!

Jero miraba a Margarita de un modo... de un modo... ¡ay, qué modo!

Y como el chico no era de cartón-piedra, cerró los ojos, abrió los brazos, formó hociquito con los labios, y ¡zas! ahí va eso: besó a Margarita en su roja boca, nido de dulzuras...

¡Oh, cómo se puso Margarita!

¡Roja, roja! ¡Y qué roja!

Pero no de indignación, precisamente. Y lo demostró entornando deliciosamente los ojos, como si esperase nuevas caricias. ¡Ah, picaruela!

Jero, satisfecho de su obra, irguióse en hombre formal, y sacando de un bolsillo un querido objeto, se lo entregó a Margarita, diciéndole:

—He debido darle esto primero... Pero el orden de los besos no altera el cariño...

Era un anillo. El mismo se lo colocó en el dedo correspondiente, prometiéndole amor eterno, y Margarita, adorándole, musitó:

—Es usted un payaso encantador, Jerónimo...

—Todo lo payaso que usted quiera, Margarita; pero la adoro muy seriamente.

Y decía verdad. Margarita era para él la mujer soñada, la mujer indispensable en la vida.

* * *

Para formalizar las cosas, Jero se invitó a cenar en casa de Margarita aquella misma noche,



... besó a Margarita...

y a la hora convenida, se presentó en el hogar de la amada.

Esta vivía con sus padres, dos excelentes personas, sin otro defecto que escuchar la radio todas las noches, hasta que se les cerraban los párpados, y que sólo deseaban que su hija fuese lo más feliz posible, casándose con quien ella eli-

giese, aunque fuese el muchacho más insignificante del mundo, mientras a ella le gustase.

Al sentirle llegar, Margarita corrió a recibirle, y, entrando con él en la casa, fué a decirle a su madre:

—¡Mamá, Jerónimo está aquí!

El padre estaba atareado con la radio y no oía nada más que música... música celestial, por lo lejana que parecía...

La madre, contenta al ver tan feliz a su niñita, acogió cordialmente a Jero, y después de examinarle con afecto, le abrazó, como si quisiera indicarle que ya le consideraba como un hijo y que le querría como a tal, porque de él sería lo que de más valor tenía ella en el mundo.

El padre, al ver que su esposa abrazaba a Jerónimo, gritó, sin dejar la radio:

—¿Qué haces, mujer?

Margarita se encargó de ir a tranquilizar a su deudo. Sentóse sobre sus rodillas, y le dijo:

—Es Jerónimo Gardner, papá... ¡Es mi prometido! Ha venido a pedirnos mi mano...

—¡Ah! ¿Esas tenemos? Vaya, vaya, pícara. Lo celebro. ¿Te gusta mucho?

—¡Mucho, papá!

—¿Más que yo?

Y se echaron a reír y se abrazaron con la ternura de las almas que se compenetran.

La cena estaba preparada, y el señor Emerson, el padre feliz de la feliz criatura, tuvo que sentarse a la mesa; pero no dejó sus auriculares, para oír el concierto de la noche. Era un meló-

mano, que lo mismo tuteaba a Fleta, que asustaba a las gallinas, echándoles gallos sin compasión.

Iban a empezar a cenar, y por cierto que Jero tenía apetito, abriéndoselo más la visión de tentadoras chuletas a la parrilla, bañadas en salsa mayonesa, cuando llamaron a la puerta de la casa.

Un soberbio, es más, un insolente automóvil acababa de detenerse ante el hogar de los Emerson.

Lo ocupaban un caballero y una espléndida joven. Eran parientes de los Emerson. El caballero era cuñado de éstos y la mujer sobrina de los mismos y prima de Margarita.

El señor Emerson y don Jorge, su cuñado, tenían alguna relación comercial, y don Jorge iba a entregarle a su cuñado unos papeles para una operación financiera a realizar al día siguiente.

Cora, la orgullosa hija de don Jorge, no quiso apearse del coche, diciendo a su padre:

—Déjame que no suba a ver a nuestros parientes, porque me aburren más que sus audiciones de radio.

—Como quieras, hijita.

Y mientras don Jorge llamaba a la puerta del hogar de los nobles parientes, con los que él simpatizaba mucho, a pesar de no ser directos, sino por alianza, Cora encendía un cigarrillo egipcio y dejaba volar su imaginación, repleta de tonterías de niña mimada, inútil y peligrosa, que no hay nada más peligroso que el creer que con dinero se consigue cuanto se quiere...

Los tres Emerson recibieron con alegría a tío Jorge, como le llamaban todos, por llamarle así Margarita, y Jero se vió obligado asimismo a levantarse de la mesa, lamentando extraordinariamente no haberse comido ya media docena de chuletas. Intentó comerse una, pero, considerando que eso no estaba bien, la volvió a dejar en el plato.

Don Jorge entregó a su cuñado los papeles que traía para él, y se dispuso a reunirse con su hija.

—¿Por qué no se queda a cenar con nosotros, tío Jorge?—le dijo Margarita.

—No me es posible. Me está esperando Cora.

—¿Mi prima?

—¿Nuestra sobrina?

Y todos fueron a saludar a Cora.

Jero salió también, y desde la puerta de la casita vió un rostro hermosísimo de mujer: el de Cora. ¡Demonio, qué primita!

Ella, que gustaba de flirtear, por el placer de considerarse irresistible, envolvió a Jero, encontrándole simpático, en expresivas miradas, y como Margarita vió que los dos se miraban, llamó a su novio para presentarlo.

—El señor Jerónimo Gardner... Mi prima, la señorita Cora Welton.

Cora dió la mano a Jero y retuvo la de él largo tiempo, hasta que él mismo la apartó, extrañándole el prolongado contacto.

Una idea se apoderó de la caprichosa hija de papá: flirtear con Jero. Y dijo a Margarita:

—¿Por qué no vais a pasar el domingo a nuestra quinta de Long Island?

—¿Quieres que vayamos, Cora?

—Me gustaría mucho veros.

—Iremos, Cora, iremos.

—Tu amigo puede acompañaros.

—Muchas gracias.

Y Cora no pensó, el resto de la semana, sino en la llegada de sus parientes... acompañados de Jero, con el que estaba segura se divertiría.

Margarita y Jero se dirigieron a Long Island en un coche muy modesto, que reventó un neumático en mitad del camino.

Providencialmente, Cora, pasando por la carretera con su magnífico coche, les auxilió, agradándole sobremano encontrarles.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad, Margarita! — le gritó a ésta, parando su coche.

Jero la saludó sonriente, no apartando sus ojos de su maravilloso rostro, y le explicó lo que acababa de ocurrirle a su cacharro.

—Suban ustedes a mi coche. Ya mandaré a mi chofer por éste.

Margarita iba a subir al soberbio auto de Cora, cuando ésta, tomándole una mano, contempló el anillo que lucía en uno de sus dedos.

—¿Qué significa esto, Margarita? — le preguntó.

—Es regalo de Jerónimo... ¿No sabes que nos casamos?

—No lo sabía... aunque debí suponerlo...

Jero sacó sus maletas de su coche, y las depositó en el de Cora.

Poco después proseguían el camino en el rápi-

do auto de la caprichosa, que se sentía infinitamente alegre.

Su prima Margarita le había dicho que Jero era su novio; pero no le importaba que así fuera, porque ella haría con el simpático muchacho lo que había pensado en un principio: flirtear, para saber cómo aman los ingenuos.

Margarita y Jerónimo no tenían que volver a la oficina hasta el lunes. Era sábado, y tenían todo el domingo para gozar de un buen día de campo.

* * *

Long Island abrió a Jerónimo un mundo ignorado... Tennis, natación, golf, comida en traje de *soirée*... y las atenciones de prima Cora, que para Margarita eran espinas de dolor.

Al llegar la noche del primer día de vacaciones, Jero y Cora habían tenido ocasión de conocerse un poco.

Margarita sufrió mucho viendo las atenciones que mutuamente se prodigaban Jero y su prima, y Jero, por su parte, preguntábase qué se proponía con él la caprichosa.

Bailaron juntos varios bailes, muchos más que Jero con Margarita; y mientras danzaban uno de ellos, se alejaron hacia un cenador, y allí Jero estuvo a punto de olvidarse de quién era, para besar a Cora, que le tentaba como una vampiresa.

Por cualquier motivo Cora se ponía al lado de Jero, como si quisiera no dejarle a sol ni a sombra, y la habitación que ella le hizo reservar se comunicaba con la suya por una puerta que se podía cerrar por ambos lados; pero cuya llave estaba en la parte de la habitación de Jero.



... que le tentaba como una vampiresa.

Margarita, que había estado observando en silencio, llena de dolor, a Cora, vió la llave de la puerta de comunicación, y cuando Jero se separó un momento de ella; para ir a buscar en el salón el paquete de cigarrillos que se había dejado olvidado, aprovechó la ocasión para cerrar dicha

puerta, sin que Cora se diese cuenta, y se llevó la llave.

La intención de Cora era bien manifiesta: quería jugar con Jero, sin tener en cuenta que iba a jugar con fuego, y lo demostró claramente al llamarle a través de la puerta de comunicación, una vez se hubo desnudado y envuelto en una finísima bata.

Jero contestó a la llamada cariñosamente, y al indicarle ella si quería abrir la puerta, para que pudiesen hablar unos momentos antes de acostarse, él le respondió que no había ninguna llave en la puerta.

—Hasta mañana, pues— le dijo Cora, disimulando su disgusto por la desaparición de la llave.

Y se acostó; pero se prometió que al día siguiente nadie la estorbaría...

* * *

Cuando se vieron por la mañana, Cora, prescindiendo de si a Margarita le sentaría bien o mal, se apoderó de Jero y le dijo:

—Venga conmigo. Quiero dar a usted una verdadera emoción.

Le obligó a ir con ella al *hangar*, donde tenía dos aeroplanos, pues se permitía todos los lujos y era, justo es reconocerlo, una gran deportista, y dándole ropa de aviador, se la hizo poner encima de la suya.

—¿Va usted a hacerme volar?—dijo Jero, que no lo había hecho nunca.

—Sí. ¿Por qué? ¿Tiene usted miedo?

—¿Miedo? Eso sí que no.

—Lo veremos en seguida.

Jero no las tenía todas consigo; pero no quiso aparecer medroso a los ojos de Cora, y subió al avión, despidiéndole con muchos consejos Margarita.

Don Jorge se unió a Margarita, para ver desaparecer el avión, y como viera que su sobrina temía por la suerte del enorme pájaro, le dijo, sonriente:

—No te preocupes, Margarita. Cora puede dar lecciones al piloto más experto.

El aeroplano volaba majestuosamente, conducido admirablemente por Cora.

Jero no se mareaba; pero prefería no mirar demasiado abajo, para no perder la cabeza y pedir a gritos que bajasen.

Cora complaciase en provocar bruscos descensos y ascensos, para asustar a Jero, y el viaje no le parecía lo que se dice agradable al alegre novio de Margarita.

Eso de estar expuesto a descolgarse desde la misma bóveda celeste, no le hacía sonreír.

Dispuesta a realizar su capricho, Cora fingió una avería en el motor, y aterrizó en un valle.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Jero.

—Nada. Que por poco este avión corre la misma suerte que los anteriores.

—¿Qué les pasó a los anteriores?

—Se destrozaron al aterrizar violentamente.

—¡Qué interesante es volar!

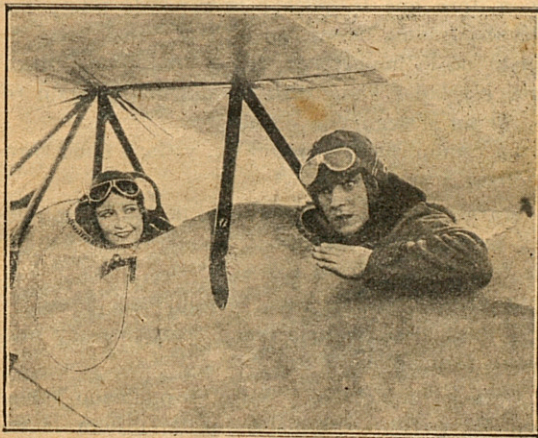
—Lo único que le puede pasar a uno es romperse la cabeza.

—¡Muy gracioso!

—Pero ¡se vive tan intensamente volando!

—Sí... el tiempo pasa... volando.

Cerca del punto de aterrizaje había una fonda.



... el viaje no le parecía agradable...

Ya lo sabía Cora. Por eso aterrizó. Los dos se dirigieron a la misma y pidieron comida.

Empezaba la verdadera comedia de la vampirería.

Mientras Cora llamaba por teléfono a su padre, quien, a pesar de tener mucha confianza en

la pericia de su hija, se impacientaba ante su tardanza, compartiendo la ansiedad de los Emerson y la angustia inenarrable de Margarita, Jero la contemplaba con entusiasmo, enardecido por las miradas y los gestos de la vampiresa.

En espera de que le pusieran en comunicación con el teléfono de la villa de su padre, Cora indicó a Jero que le quitase la ropa de piloto que llevaba encima de su fina *toilette*, y a la muy coqueta no le importó mostrarle tentadores encantos, revelados al quitarle él aquella ropa sin reparar en si seguía la de abajo.

La comunicación llegó al fin, y Cora pudo tranquilizar a su padre.

Margarita manifestó el deseo de hablar con Jero, por muchas razones, y su corazón se dilató de felicidad al oír su voz.

—¡Estaba enormemente intranquila!—le dijo.

—Pues, desecha todo temor, porque estoy muy bien—respondióle él.

Cora le inquietaba, y Jero, no pudiendo hablar con Margarita en aquella forma, dijo a la coqueta, en voz baja, pero no tanto que Margarita no le oyese:

—Estése quieta.

Cora echóse a reír y siguió inquietándole, y Jero, hablando con Margarita de un modo vago, terminó así, pues daban aviso de que cortaban la comunicación:

—Temo que no podamos volver hasta muy tarde.

—¿No?—murmuró Margarita.

—Dice tu prima que la avería no es fácil de arreglar.

Y no pudieron decirse más. La comunicación quedó cortada.

Cora seguía inquietando a Jero, y éste, fascinado por su radiante belleza, comprendió, es decir, le pareció comprender, y atrayéndola contra sí, la abrazó y besó con delirio.

Y desde aquel momento, a unos besos sucedieron otros, aceptándolos y dándolos Cora con fruición, encantada de aquel juego.

Aquellas horas que estuvieron juntos, parecieron indicar a Jero que Cora se había enamorado de él, y como a él se le antojó que Cora le gustaba más que Margarita, se decidió a dar un gran paso: romper con Margarita y casarse con Cora.

Se dispuso a escribir la carta de despedida a Margarita. La dirigiría a la oficina, porque la recibiría al día siguiente, dispuesto como estaba él a no volver a Long Island, para no verla a ella, porque no se sentía con valor para presentársele después de desilusionarla.

Escribió dos o tres borradores, y, finalmente, haciendo un gran esfuerzo, y venciendo las protestas de su conciencia, redactó estas rayas:

Querida Margarita:

Nuestro compromiso no puede seguir adelante. Te ruego que me devuelvas mi libertad. Supongo que lo comprenderás todo.

Jerónimo.

Llamó al camarero y le entregó la carta, para que fuese a echarla al correo.

Pero, al abandonar la misiva en la mano del fámulo, hizo ademán de volverla a coger, para no mandarla, pero la aparición de Cora impidió su noble gesto.

Y la carta partió.

Cora prosiguió el idilio con Jero, dejándose be-



... a unos besos sucedieron otros...

sar como él quisiera, como en una entrega total, y, de súbito, un hombre empujó la puerta del cuarto donde ellos se hallaban, sentada Cora al borde de la ventana que daba al jardín.

Cora lanzó una viva exclamación, y el recién llegado, alcanzándola, la abrazó tiernamente, correspondiéndole ella de igual suerte.

Jero les contemplaba con estupefacción, y Cora, como la cosa más natural del mundo, le dijo:

—Jerónimo... Este es Roberto Armstrong, mi novio.

¿Qué decía aquella mujer?

¿Su novio?

Pero, ¿qué era él entonces para ella?

¿Qué habían significado, pues, los apasionados besos que ella le diera?

¡Ah, cuán imbécil había sido! Aquella mujer se había burlado de él, haciéndole juguete de su capricho, de su amoralidad.

¡Maldita !

Y como un loco, atormentado por un pensamiento atroz, fué a la dirección del hotel a reclamar la carta que entregara al camarero para que la echase al correo de la ciudad.

Pero la carta había sido depositada ya en el tren y éste salía en aquellos momentos de la estación.

El novio de Cora había llegado en coche a recogerla, enterado de lo ocurrido, y Jero, sin titubear, apoderóse del auto y emprendió loca carrera en persecución del tren que llevaba la carta que arañaría el corazón de la amada Margarita. Sí, amada, aunque pareciese indicar lo contrario aquella carta, porque el amor que le cegó con Cora, no era puro, sino de los sentidos, que ella, con su coquetería de vampiresa, había sabido despertar.

El tren corría más que el coche. Pero llegó momento que el coche alcanzó al tren, pero Jero fué

detenido por dos policías, por excesiva marcha por carretera, y le condujeron ante el juez.

Y la carta llegó a destino antes que Jero pudiese ir a reclamarla a la Administración de Correos.

* * *

Margarita estaba en su despacho. No había recibido aún la carta, pero presentía que Cora le había quitado a su novio, pues todo lo ocurrido sabía ella que fué su prima quien lo provocó.

A las cinco, cuando iba a abandonar la oficina, por la que no había aparecido Jero, confirmando la suposición de Margarita, se recibió el correo de la tarde, y entre el mismo la carta para la adorable secretaria.

Margarita fué a entregar el correo al señor Shaw, y, luego, en la soledad de su despacho, leyó la misiva de despedida del amado.

¡Señor, qué amargura! ¡Sus sospechas veíanse horriblemente confirmadas! Cora, la orgullosa, la hería en lo más hondo, privándole de la felicidad a que tenía derecho, por todo tener.

Pero era preciso reaccionar. Soñó y despertaba. No volvería a amar jamás.

Volvió al despacho del señor Shaw, para recoger instrucciones para el día siguiente, y al salir vió a un hombre buscando entre los papeles de la secretaria... un papel. Lo hacía con fiebre, como enloquecido.

Era Jerónimo.

Al sentirla llegar, Jero se volvió y quedó parado.

Ella le miró con serenidad y vió, sin poder reprimir su emoción, que Jero estaba desencajado, que no era el mismo.

El, haciendo un esfuerzo, le preguntó:

—¿Recibiste una carta mía?

—Sí, Jerónimo. Mírala. Iba a leerla — mintió ella.

Jero se apoderó de la carta, sin ver que el sobre estaba ya rasgado, y rompiéndola en mil pedazos, exclamó:

—¡No la leas!

Y luego, llorando, odiándose a sí mismo por su ingenuidad, dejándose engañar por una caprichosa, añadió:

—¿Quieres saber lo que decía esa carta?... En ella te pedía mi libertad.

Margarita perdonaba desde el fondo de su alma.

Y se oyó una voz de ángel que decía:

—Si la deseas de verdad, Jerónimo, yo te la devuelvo.

El no pudo aguantarse más. Su culpa era tan grande que no merecía la indulgencia de la ofendida. Rompióse su pecho en un desesperado sollozo, y arrojándose a los pies de ella, prometió:

—¡Margarita! ¡Margarita! ¡Nunca, nunca más apartaré mis ojos de los tuyos!

Y ella, que también lloraba, porque la alegría también hace llorar, le ayudó a levantarse y le besó, para que viese con la caricia, más que con la frase, que le perdonaba, que le quería como siempre, acaso más, sí, porque volvía sediento de cariño.

FIN

En esta publicación

novelaremos los asuntos más amenos de la producción norteamericana en general, por lo que no dudamos merecer el favor de la afición cinematográfica.

Con cada novela regalaremos una lujosa postal-retrato de los mejores artistas, por lo que se ruega se exija dicha postal al adquirir la novela.



SE ADMITEN SUSCRIPCIONES



Ha sido revisado por la Censura



EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1